

Ruptura, fragmentación y multilingüismo: el vínculo entre lenguaje e identidad como formadores de subjetividad en *El jardín de vidrio* de Tatiana Țibuleac.

Aimé Araí Prol

aimearai.prol@gmail.com

Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Resumen

El jardín de vidrio (2021) de Tatiana Țibuleac se trata de una novela que profundiza el vínculo entre los idiomas y la identidad de sus hablantes. El lenguaje aquí no aparece como un territorio identitario escindido de quienes lo habitan, sino que se presenta como una herramienta de expresión que se funde con la subjetividad de la protagonista, Lastochka. La novela relata la vida del personaje principal desde su infancia hasta su adultez con un especial hincapié puesto en su problemática relación con el aprendizaje de idiomas. La niña protagonista, quien vive y crece en una época signada por la violencia, es atravesada por una serie de eventos conflictivos que se dan en la Moldavia de los años 80, ya que en ese contexto histórico la ocupación soviética impone el ruso por sobre el moldavo.

En este marco, la obra hace foco en la manera en que fenómenos lingüísticos y sociales, como el multilingüismo y la diglosia, afectan a la identidad de Lastochka. El lenguaje, entonces, se manifiesta de diversas maneras: como un hogar que acoge a la protagonista, un sector lleno de descubrimientos y belleza, una asignatura desafiante y un territorio marcado por el peligro y la violencia, en el que se juegan relaciones de poder y dominación. Los idiomas, percibidos como un refugio pero también como una amenaza, juegan un papel fundamental en la conformación de la identidad de Lastochka. En ese sentido, el vínculo complejo que ella tiene con el lenguaje a través de su vida viene aparejado de una fragmentación identitaria que se da en varios niveles. En primer lugar, en la subjetividad y autopercepción de la protagonista. En segundo lugar, en relación con su multilingüismo. Por último, en la forma de escritura de la narradora, quien narra los acontecimientos de forma fragmentaria, como si fueran retazos y cortes de la vida de Lastochka.

El objetivo del trabajo es profundizar en la forma en la que el lenguaje moldea la subjetividad de la protagonista, en especial en su infancia, y genera efectos en su

forma de escribir, recordar y narrar su vida. Para el análisis de la novela nos apoyaremos fundamentalmente en las ideas presentadas por Christine Revuz (1992) en “La lengua extranjera entre el deseo de un lugar diferente y el riesgo del exilio”, quien se enfoca en el impacto del aprendizaje de lenguas extranjeras en la identidad psíquica de los sujetos. También tomaremos el texto de Ramírez Grajeda (2017), “La identidad como construcción de sentido”, cuyos aportes permiten comprender al lenguaje como un elemento indispensable en la conformación de la subjetividad y a su vez caracteriza a la identidad como una construcción compleja y cambiante, que interroga a los sujetos y define sus formas de habitar el mundo.

Palabras clave

Țîbuleac, Identidad, lengua, subjetividad, fragmentación.

Introducción

En primer término, resulta fundamental la aproximación al contexto histórico en el que se sitúa la novela para comprender las problemáticas que afectan a la protagonista. La obra, ambientada en Chisináu, la capital de Moldavia, durante la segunda mitad del siglo XX, refleja las tensiones políticas y sociales que se vivían en esa época. Esas problemáticas atraviesan la vida de los integrantes del pueblo, quienes sufren la ocupación soviética y deben enfrentarse a una serie de modificaciones impuestas por el país dominante. Uno de esos conflictos se produce en el plano del lenguaje, lo que lleva a una serie de tensiones entre el país oprimido y el opresor. En relación a la cuestión lingüística, el moldavo se trata de una variedad de la lengua rumana, con la que comparte sus raíces y el alfabeto. Sin embargo, cuando en los años '40 la URSS inició su dominio en el país y se instaló el ruso como idioma oficial, se hizo una diferenciación entre el rumano y el moldavo, además de que se modificó el alfabeto latino del moldavo al cirílico. El objetivo de estas transformaciones era “rusificar” la población y alejar a Moldavia de todo vínculo con la sociedad rumana. Finalmente, cuando en 1991 se disolvió la Unión Soviética, Moldavia se proclamó como estado independiente. Sin embargo, pese a que en la actualidad el idioma oficial del país sea el rumano, el ruso sigue siendo considerado relevante e incluso en la zona de Transnistria se trata de la lengua predominante.

En medio de estas luchas, cambios y resistencias, *El jardín de vidrio* se enfoca en la vida de Lastochka, la protagonista, quien nos cuenta sus experiencias desde su

infancia hasta su adultez a través de sus recuerdos. Abandonada por sus padres, ella vive sus primeros años de vida en un orfanato. A la edad de ocho años, se muda a la ciudad porque es adoptada por Tamara Pavlovna, una recolectora de botellas de origen ruso, quien la toma como ayudante en su trabajo. De esta forma, la niña crece en un ambiente complejo, por momentos hostil, marcado por las inclemencias del frío y la violencia que la rodea, pero también repleto de una belleza que capta a través de los sentidos y la mirada retrospectiva.

Diglosia y tensiones identitarias: entre el moldavo, el ruso y el rumano

A lo largo de la obra, aparece tematizado el contexto de anexión de Moldavia a la URSS y sus efectos en los miembros de la sociedad moldava, cuya lengua nativa, a pesar de continuar siendo utilizada, pierde legitimación y termina siendo desplazada. En la novela aparece marcada la diferenciación entre el ruso y el moldavo de forma constante. Esta distinción puede ser englobada en la noción de diglosia, que alude a: “(...) la situación de una comunidad compelida a usar, en situaciones específicas, una lengua distinta de la materna.” (Gainza, 1982, p. 125). La voz narradora, anclada en la protagonista, cuenta situaciones de tensión entre la lengua dominante y la subordinada. Además, con el fin de enfatizar el carácter de multilingüismo presente en la novela, la autora escribe frases o palabras en ruso y luego las traduce al rumano, como sucede en la siguiente cita:

Aunque todas las vendedoras entendían el moldavo, hablar, lo que se dice hablar, no lo hablaba ninguna. Los moldavos, en cambio, conocían todos la lengua rusa y la hablaban siempre que tuvieran que hacerlo. Y tenían que hacerlo todo el tiempo. No hablar ruso en Chisináu era, como poco, engorroso. Tal vez solo en el mercado te las podías arreglar con el moldavo. En los sitios más finos se hablaba на человеческом языке, la lengua humana. Y a mí además me gustaba. Cuánto mejor hablaba el ruso, más lejos me veía.
(Țîbuleac, 2021, p. 79)

De esta manera, el ruso aparece como una lengua prestigiosa y con posibilidad de ascenso social en detrimento del moldavo, percibido como una lengua menor. En ese sentido, encontramos que el lenguaje aparece “(...) como una institución primaria de la sociedad” (Ramírez Grajeda, 2017, p. 196), un elemento que marca a los sujetos y determina su lugar en el mundo. En el caso de la novela, esta definición sobre los hablantes se da partir del valor social que tiene cada lengua.

La distinción entre lenguas legitimadas y no legitimadas ya aparece presentada en el prólogo. En este apartado, la autora expone claramente la relación estrecha entre identidad y lenguaje, en la que una es interdependiente de la otra. Țîbuleac, quien nació en 1978 y vivió los procesos históricos narrados en el libro, cuenta su experiencia personal con el moldavo, una lengua a la que llama “falsa” por su carácter artificial: tanto Țîbuleac como la protagonista de su novela adquieren como lengua materna el moldavo, y luego descubren de adolescentes que en realidad este último y el rumano son el mismo idioma, pero que había surgido una diferenciación entre ambos impuesta por un país dominante. De esta manera, su relación con este idioma deslegitimado no está exenta de tensiones, en tanto genera efectos de sentido en su propia identidad y en la percepción que tiene de sí misma:

Me siento a menudo como los libros de mi estantería, inteligibles solo a medias, verdaderos solo a medias. Una mezcla entre lo que soy y lo que debería ser, algo que une como un pegamento vivo cosas que no se pueden unir. He estado siempre “entre”, formo parte de la generación “entre”, una generación en vías de desaparición. (Țîbuleac, 2021, p. 10)

Las experiencias presentadas en relación al moldavo, su lengua nativa, se espejan con las vivencias de la protagonista y narradora de su novela. Podemos trazar, por lo tanto, un paralelismo entre la identidad conflictuada de la autora con la situación de Lastochka, cuya relación tensionada con los idiomas genera un impacto en su autoconsciencia. Las lenguas hacen de territorios identitarios en la protagonista a partir de los cuales ella intenta afirmarse. Sin embargo, no llega a conformar una esencia total ni absoluta, sino que habita en un “entre”. Respecto a la construcción de la identidad personal, Ramírez Grajeda (2017) sintetiza la conexión entre lenguaje e identidad de la siguiente manera:

La identidad acontece, aparece y se posiciona. Acontece en un espacio, aparece construida por el lenguaje y se posiciona frente a la ley y el deseo que necesariamente implican a los otros. El tiempo, el espacio y el lenguaje la constituyen efímera y temporal; el deseo la hace insistir en la búsqueda de una mirada de reconocimiento que refrende la singularidad respecto a los otros. (p. 200)

En otros términos, la identidad se trata de una sumatoria de identificaciones, una “síntesis imaginaria que autoorganiza y autoaltera nuestro lugar en el mundo” (Ramírez Grajeda, 2017, p. 197). Asimismo, esta se encuentra ligada al lenguaje en tanto ambas construcciones subjetivas organizan y ubican a los sujetos en distintas

posiciones frente al mundo externo. En la construcción identitaria encontramos tanto un deseo de pertenencia a la comunidad o a un grupo social como una búsqueda de individualidad y diferenciación del resto.

En el caso de Lastochka, la niña anhela ser integrada por Tamara Pavlovna a través de su aprendizaje del ruso, pero tampoco deja de lado la lengua y la comunidad moldavas. A lo largo del tiempo, su relación con cada uno de los idiomas y la noción que tiene de ellos se va transformando; al mismo tiempo que la adquisición, pérdida o aprendizaje del ruso, el moldavo y el rumano generan una multiplicidad de efectos y sentidos. A través de sus experiencias y emociones, podemos extraer los diversos significados que tiene cada idioma para la protagonista.

En primer lugar, el ruso, como lengua “verdadera” y legitimada, encarna el poder, la violencia y la imposición a partir de diversas formas. Por un lado, dentro del contexto general la URSS impone su fuerza a nivel político, social y lingüístico en Moldavia. Por otro lado, en un nivel particular, Tamara Pavlovna le enseña el ruso a Lastochka a través del castigo físico y emocional. Es decir, se produce un doble dominio en la novela: el de los soviéticos sobre los moldavos y el de la madre adoptiva sobre la protagonista. Esta última aprende el idioma de una forma traumática, que le deja huellas en su subjetividad y su propia identidad. Al respecto, Eva Kenderessy hace foco en las experiencias traumáticas de la protagonista en relación con su identidad lingüística y estudia el trauma individual como un trauma colectivo. Esto permite, entonces, crear un paralelismo entre las vivencias de Lastochka con las de los moldavos como grupo social a causa del trauma compartido, entendido el trauma como: “(...) one of the many memory themes of literary works. Trauma literature also builds on pre-narrative experience and memory, which shapes the past into narrative forms and retrospectively establishes meaning and identity.” (Kenderessy, 2022, p. 24)

En este punto resulta fundamental vincular estas experiencias traumáticas con la relación que tiene Lastochka con el lenguaje. Christine Revuz (1992) señala:

(...) aprender a hablar es, para el niño, establecer un compromiso, es encontrar algo para decir de su propio deseo, algo de los valores que adquirieron para él los objetos y las palabras, en un lenguaje construido a partir del deseo del Otro, en tanto él mismo es modelado a partir de ese deseo. (p. 4)

Para la autora, la lengua no es un mero instrumento de comunicación, sino que se trata de “un material fundante de nuestro psiquismo (...)” (Revuz, 1992, p. 3), compuesto por redes de fonemas y significantes que van construyendo a los hablantes como sujetos, y que además exponen nuestra relación con el Otro. El niño, cuando

aprende su lengua, antes de hablar, es hablado por su ambiente. En este sentido, si el lenguaje implica lo que los otros desean de nosotros, Lastochka encuentra una tensión para decir y autodecirse, cuando su propia relación con el mundo fue marcada por el rechazo. En la novela, lo traumático aparece en primer lugar por el rechazo primigenio de sus padres a través del abandono en el orfanato. La protagonista deviene en autora de sus propios recuerdos y se dirige a sus padres, recriminándoles por esa sensación de soledad que la acompaña incluso de adulta. Luego, lo traumático se da en el rechazo de Tamara Pavlovna quien, si bien la adopta, lo hace con fines económicos, para poder ganar más dinero juntando botellas y quien, además, le enseña el ruso a base del castigo cuando Lastochka comete errores.

En relación con el aprendizaje traumático de este idioma, en un inicio la niña se encuentra por primera vez con el ruso a través del habla de su madre adoptiva:

Tamara Pavlovna hablaba y hablaba, mostrándome sin cesar objetos y lugares nuevos, enseñándome palabras y más palabras, y a mí me parecía que me las estaba cantando. Eran preciosas sus palabras. Redondas y humeantes, pero, una vez pronunciadas, resonaban largo rato, como si alguien a nuestro alrededor rompiera copas de cristal. Quería hablar como ella, quería hacer todo como ella. (Țîbuleac, 2021, p. 28)

Resulta fundamental señalar que en el momento en el que la niña entra en contacto con la nueva lengua, no solamente descubre un lenguaje extranjero, sino que también su identidad sufre una transformación radical.

Según Revuz (1992),

(...) el ejercicio que requiere el aprendizaje de una lengua extranjera se revela tan delicado porque al convocar, a la vez, nuestra relación con el saber, nuestra relación con el cuerpo y nuestra relación con nosotros mismos en tanto sujeto-que-se-autoriza-a-hablar-en primera-persona, se convocan las bases mismas de nuestra estructuración psíquica, y con ellas aquello que es, al mismo tiempo, el instrumento y la materia de dicha estructuración el lenguaje, la llamada lengua materna. Todo intento de aprender otra lengua viene a perturbar, cuestionar, modificar aquello que está inscripto en nosotros con las palabras de esa primera lengua. (p. 3)

Para la autora, aprender un nuevo idioma impacta en la identidad psíquica del sujeto, en tanto ese aprendizaje genera una confrontación entre la segunda lengua y la lengua nativa. Al mismo tiempo, expone el carácter arbitrario del lenguaje y rompe con

la idea de que existe una sola forma de llamar a las cosas. La marca de las lenguas en nuestra identidad es tan profunda que, según Revuz (1992), “El yo de la lengua extranjera no es, jamás, completamente el de la lengua materna.” (p. 7). Es decir, el aprendizaje de lenguas extranjeras nos extranjeriza, nos convierte en un otro. En síntesis, el poder transformador del aprendizaje de las lenguas extranjeras, radica en que desestabiliza nuestra propia subjetividad conformada previamente por nuestra lengua materna.

De esta forma, se abre un nuevo territorio identitario para la protagonista de la novela, quien sufre una tensión entre su identidad como hablante del ruso y su identidad moldava. Esta nueva Lastochka entra en contacto con el ruso y sus variadas significaciones. Por un lado, este idioma se muestra como la representación de las aspiraciones de la protagonista, quien disfruta su salida del orfanato. Se trata de una lengua que impone su voluntad, estricta, poderosa y también bella en un sentido estético. Sin embargo, también se trata de un desafío para la protagonista, cuyo aprendizaje del idioma está mediado por los gestos severos y las golpizas de su madre adoptiva:

Lo más importante de todo, sin embargo, era que yo hablara ruso. Tenía que aprender siete palabras cada día. Ni diez, ni cinco, siete, y que las aprendiera bien. Cuando me equivocaba, y me equivocaba siempre, doblaba el dedo índice y me golpeaba en medio de la frente. De la rabia, ponía sus ojos sin pestañas en blanco y a mí me daban ganas de pegarme yo sola. (Țîbuleac, 2021, p. 32)

El idioma también aparece descrito de manera humanizada, como si fuera una imagen asociada a su enseñante severa: “El ruso se había convertido en un rostro siempre ceñudo. Hermoso, era realmente hermoso, pero lleno de crueldad.” (Țîbuleac, 2021, p. 45)

La búsqueda de pertenencia social hace que la niña aprenda esta lengua con esmero, a tal punto que su concepción y el uso del moldavo, su lengua materna, termina transformándose con el paso del tiempo. Para ejemplificar, más adelante en la novela, la niña debe elegir a qué escuela asistirá y ella decide ir a un establecimiento en donde se imparte el moldavo. La narradora expresa: “Elegí a los moldavos, los despojos.” (Țîbuleac, 2021, p. 101). Esa elección es cuestionada por Tamara Pavlovna, quien observa a los moldavos con desprecio y concibe al moldavo como una lengua menor, “de campesina”. En contraposición, opina que “El ruso no es una lengua de segunda clase.” (Țîbuleac, 2021, p. 38). A pesar de los cuestionamientos de

Pavlovna, Lastochka busca construir de forma consciente su identidad lingüística y en su gesto de autoafirmación, estudia el moldavo con dedicación, aunque esa asignatura termine siendo la más difícil para ella. Este bloqueo para el estudio de su lengua materna, que podría ser un efecto colateral de su aprendizaje traumático del ruso, se da de forma constante en su paso por la escuela secundaria.

Las transformaciones sociales y lingüísticas que va sufriendo la protagonista pueden estar vinculadas a una necesidad de desenvolverse en los distintos ambientes que la rodean. Por ejemplo, en la niña persiste un deseo de encajar en la sociedad y de ascender socialmente a través del ruso. Como consecuencia, con el tiempo, a pesar de su deseo de autoafirmarse en la identidad de su niñez temprana y de haber elegido la educación moldava, la diferenciación identitaria que hace con esta comunidad crece hasta sentirse ajena a sus propias raíces: “Me daban pena los moldavos, todos. Su lengua carente de sentido, su mansedumbre y su alegría en cualquier circunstancia, incluso en la humillación. No quería ser como ellos. Era otra y vivía con otros.” (Țîbuleac, 2021, p. 170)

La separación de la protagonista de los moldavos nunca se da de forma total, pero tampoco se siente parte de su comunidad cultural y lingüística. Tomaremos un momento de la novela para ilustrar esta problemática. Habíamos señalado que la imposición del ruso se trata de un proceso complejo que, por un lado, lleva a que la comunidad moldava use el ruso como lengua con valor social y relegue al moldavo a un segundo plano, ligado al ambiente privado y familiar. Por otro lado, unos años antes de la caída de la URSS, en la novela se tematiza la reforma política Glasnost, implementada en 1985, que genera como efecto un cambio fuerte en la relación de los moldavos con su lengua y su identidad y se hace visible una reacción de resistencia ante la imposición social y cultural soviética. Esta revitalización de la identidad propia no es comprendida en su totalidad por Lastochka, quien piensa: “A mí, criada en el montón del orfanato, el deseo, pero sobre todo, la alegría de llamar a algo «nuestro» me resultaba ajeno.” (Țîbuleac, 2021, p. 197). Por lo tanto, la identidad de la protagonista aparece suspendida, como si no estuviera arraigada en una cultura o comunidad en particular sino que, por las mudanzas y cambios de su propia vida, no logra apropiarse de raíces sobre las que se pueda asentar. En ese sentido, las transformaciones históricas y las experiencias traumáticas de Lastochka dejan huellas en su vida adulta y llevan a que ella no se sienta ni moldava ni rusa.

Sin embargo, por momentos el moldavo también se presenta como una parte profunda en la identidad de la protagonista, en tanto se trata de su lengua materna y además

posibilita la comunicación con otros miembros de la comunidad moldava. Por ejemplo, cuando menciona a una amiga de su escuela, expresa: “Maricica tenía, además, algo importantísimo para mí: hablaba conmigo en moldavo. Con ella, mi lengua no me parecía tan fea.” (Țîbuleac, 2021, p. 75). Asimismo, para Lastochka el moldavo también significa una herramienta de resistencia. A pesar de su fascinación por el ruso y su dificultad con su lengua materna, se empeña en estudiarlo como un modo de lucha y de apropiación de una parte de su identidad.

Finalmente, luego de la caída de la Unión Soviética, se impone nuevamente el rumano como idioma oficial y ya se deja de lado la separación entre el moldavo y el rumano por lo que la población debe volver a usar el alfabeto latino, en vez del cirílico. El rumano aparece, entonces, como un idioma que ingresa de forma abrupta y que trae aparejada la caída de las ideas que Lastochka tenía sobre el moldavo porque se entera de que se trata de una variante del rumano, lengua oficial y más prestigiosa. Un día en su escuela, ve que la asignatura de la lengua moldava pasa a ser lengua rumana. Así, descubre que su lengua en realidad es falsa, artificial, inventada y creada por los soviéticos para controlar la población moldava; entonces, siente un impacto en su propia identidad, como si esta última también fuera falsa y artificial: “Volví a casa llorando, con la antigua lengua muerta enroscada en torno a mí. Si la perdía con tanta facilidad, ¿para qué había luchado tanto por ella?” (Țîbuleac, 2021, p. 269). Sin embargo, aunque al principio la protagonista se resiste a estas transformaciones, al final termina aceptando al rumano e incluso la narradora señala que lo utiliza para la escritura de sus recuerdos: “Tal vez debería escribir en ruso. En ruso las palabras se ordenan de otra manera. En rumano recuerdo con más claridad.” (Țîbuleac, 2021, p. 31)

Retazos de identidad: La fragmentación lingüística y narrativa de Lastochka

Como hemos desarrollado en los apartados anteriores, observamos que la protagonista tiene una relación cambiante, compleja y por momentos contradictoria con los idiomas con los que se vincula en su infancia y adolescencia. Estas lenguas se manifiestan como partes de su identidad, a la que podemos concebir como “síntesis imaginaria, efímera y temporal (...)” (Ramírez Grajeda, 2017, p. 197), que a su vez “(...) está a merced de una dinámica psíquica siempre en formación, pues, como construcción de sentido, no es esencia que permanezca, es proceso y devenir, es acontecer de la palabra.” (Ramírez Grajeda, 2017, p. 197). A partir de estas ideas, podemos hacer un nexo entre la concepción de identidad como síntesis y la

exploración identitaria de Lastochka, quien se concibe como una persona fragmentada, partida en varios pedazos, que debe unir las piezas que la construyen como sujeto.

En la novela, esta fragmentación no se da solo a nivel lingüístico, sino también en los aspectos literarios y narrativos. Es decir, no hay ruptura solo en el contenido de la historia, sino también en el modo en que la narración aparece contada. Los capítulos de la novela están separados en fragmentos y capítulos cortos. Esta división entre capítulos marca cambios de escena, cortados por la elipsis. En consecuencia, la historia es presentada en imágenes y retazos de la experiencia personal de la protagonista, puesto que la vida de Lastochka se nos muestra de forma caleidoscópica y fragmentaria. Aparecen frases, recuerdos y sensaciones entrecortadas que permiten dar un hilo y una continuidad con la lectura completa de la obra. De la misma forma en que la novela presenta una continuidad a partir de imágenes discontinuas, las distintas partes de la vida de la protagonista y los diversos elementos que impactan en ella, son los que integran su identidad. De esta manera, encontramos que la construcción identitaria aparece como una pulsión creadora que intenta unir las piezas, incluso las que rechaza o no logra aceptar como parte de su experiencia personal.

Conclusiones

Para finalizar, Tatiana Țîbuleac, en una serie de entrevistas, afirma:

La lengua en la que escribo es el rumano, pero también la lengua rusa forma parte de mí en una medida que no puedo controlar del todo. Francia es el país en el que mi vida dio un giro radical, aquí nacieron mis dos hijos y, más allá de dónde llegue a vivir en la vejez, Francia será siempre “nuestra”. En general, no me aferro demasiado a un lugar, a una lengua, a una geografía. (Página 12, 2020)

Fui criada entre idiomas. Uno de ellos, el ruso, no lo elegí. (...) Cuando crecí y ya no era obligatorio dudaba qué hacer. No sabía si tenía o no sentido hacer desaparecer mis últimos doce años, como si nada hubiera pasado. Tampoco si debía o no odiar esa parte de mi vida. (...) Es difícil de explicar a un extranjero que eres de Moldavia pero que tu lengua es el rumano o el ruso. (La Vanguardia, 2021)

En estas citas, la autora muestra su identidad como nómada y difusa. Al igual que sucede con la protagonista, la identidad se trata de un territorio donde se solapan y

tensionan las distintas lenguas que las atraviesan. El multilingüismo mencionado en la cita aparece como una capacidad adaptativa, pero también como un fenómeno complejo, atravesado por tensiones y conflictos. La novela visibiliza el modo en que la dominación sobre el lenguaje implica también una imposición sobre la identidad. En ese sentido, Lastochka, quien tiene la habilidad para comunicarse en múltiples lenguas, posee versatilidad y adaptabilidad, pero también sufre una fragmentación identitaria, puesto que cada lengua trae consigo una serie diferenciada de significados, ideas y valores. La protagonista, entre su lucha por adaptarse a su contexto pero también mantener sus raíces, sufre una tensión entre las diversas identidades lingüísticas, mientras recurre a una búsqueda creativa y activa por sintetizar las distintas piezas que la constituyen como sujeto tanto individual como social.

Referencias bibliográficas

Botnari, L. (2022). "Terrifying Projections of Soviet Childhood". DIALOGICA Revistă de studii culturale și literatură 2:41-46.

Friera, S. (2020). "Tatiana Tibuleac y las múltiples formas de ver la locura". Página 12. <https://www.pagina12.com.ar/311561-tatiana-tibuleac-y-las-multiples-formas-de-ver-la-locura>.

Gainza, G. (1982). "Condiciones económico-políticas de los procesos diglósicos". Filo. y Ling: 125-128.

Gómez Ruiz, L. (2021). "Es difícil de explicar a un extranjero que eres de Moldavia pero que tu lengua es el rumano o el ruso". La Vanguardia.

<https://www.lavanguardia.com/cultura/libros/20210430/7417354/tatiana-tibuleac-el-jardin-de-vidrio-moldavia-alegoria-urss-comunismo.html>.

Kenderessy, E. (2024). "Linguistic Identity as Trauma in Tatiana Țibuleac's novel The Glass Garden". In *Analysen zur Interdiskursivität / Analyses of Interdiscursivity Studies in Foreign Language Education* – Volume 14 (pp.23-41). Publisher: KIRSCH-Verlag, Nümbrecht.

Ramírez Grajeda, B. (2017). "La identidad como construcción de sentido". Andamios vol.14 no.33 Ciudad de México. <https://doi.org/10.29092/uacm.v14i33.551>

Revuz, C. (1992). "La lengua extranjera entre el deseo de un lugar diferente y el riesgo del exilio". En *Éducation Permanente*, 107, París. Traducción al español: Marcelo Canossa, Carrera de Traductor Público, Departamento de Portugués, UBA, 1999.

Țibuleac, T. (2021). *El jardín de vidrio*. Impedimenta. Traducción del rumano a cargo de Marian Ochoa de Eribe.